



ATARDECERES  
MUERTOS

ROBERTO CAMPOS

### Breve Síntesis:

Barquisimeto, famosa por sus atardeceres de cielos rojizos, siempre fue una de las ciudades más tranquilas de Venezuela. Pero, debido al accionar de grupos de delincuentes, la inseguridad se ha apoderado de sus calles.

Al comenzar la Semana Santa, la influyente periodista, Erika Valladar, publica un informe denunciando que la Policía del Estado Lara no tiene capacidad para investigar a fondo tantos asesinatos.

Forzado por la opinión pública, el comisario mayor ordena reabrir el emblemático caso de David Castillo, un joven que apareció misteriosamente acribillado al costado de la desolada carretera, que conduce al poblado de Duaca.

Pero reabrir el expediente de David, será como destapar la caja de Pandora. A partir de allí, cada rojo atardecer barquisimetano estará manchado de sangre y de muerte.

### Sobre el autor.

Roberto Gabriel Campos, mejor conocido como Tito, nació hace 38 años en Argentina, estudio Licenciatura de Análisis de Sistemas, en la Universidad de Buenos Aires, graduándose con honores.

Creativo, analítico y planificado, ha decidido escribir su primera novela "Atardeceres Muertos" que se desarrolla en Barquisimeto-Venezuela, ciudad en la que vive desde hace 11 años, y donde ha formado una hermosa familia, junto a su esposa Sandra Crespo , y sus dos bellos hijos, Valeria y Santiago.

## **Capítulo 1: Domingo de Ramos**

«No sé por qué les dicen curas, si son la propia enfermedad». Mi abuela me repetía esa frase de Facundo Cabral refiriéndose al párroco de su iglesia. En aquel momento, yo tendría apenas doce años y era demasiado joven para entender el juego de palabras.

A pesar de ser tan crítica de la iglesia, mi abuela era una ferviente católica que concurría a misa todos los domingos. Yo siempre estuve convencido de que, en política y en religión, las personas que más participan en las actividades terminan siendo las más acérrimas críticas de las instituciones.

En todo caso, ella tenía muchos refranes y era, a decir verdad, una fuente inagotable de ocurrencias. Yo heredé parte de su chispa. Aunque, en este caso, el alumno no superó a su maestra.

Siempre fui católico y creí en la existencia de Dios, que representa una instancia superior a la del ser humano, aunque últimamente no había estado concurriendo a la iglesia. Básicamente, porque la misa me resultaba aburrida. Quizás se trataba de un error, dado que una ceremonia religiosa no tenía por qué ser entretenida. Aunque los curas carismáticos pudiesen pensar lo contrario.

Lo que siempre me ha parecido genial de la iglesia —y por ese motivo ha sobrevivido más de 2000 años— es su capacidad para albergar movimientos contrapuestos dentro de la misma institución: es posible comulgar con las ideas de una congregación o del grupo disidente y, en cualquiera de los casos, permanecer dentro de la Iglesia Católica como tal.

Fui monaguillo en mi adolescencia y, en aquel tiempo, iba frecuentemente a misa. Tal vez porque prestaba atención al sermón, algo que casi nadie hace, dejé de concurrir asiduamente. Siempre me perturbaron las personas que van a misa como si trataran de hacer acto de presencia física. En realidad, están mentalmente en otro lugar y escuchan hablar al cura como quien oye llover. Como mi abuela solía decir: «Predícame, fraile, que por un oído me entra y por el otro me sale». En ese sentido, ella hablaba muy en serio, y ese era, quizás, su secreto para asistir a misa todos los domingos...

Cuando fui monaguillo, conocí los aspectos más oscuros de la iglesia. Adentrarse en esa institución permite entender cabalmente su problemática. Todo se ve diferente desde adentro. Se percibe la incongruencia entre el mensaje y la acción; la dualidad y la dicotomía permanentes entre el discurso y los hechos.

Mi abuela resumía a su iglesia así: «Haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago». Debo confesar que sus frases me han guiado a lo largo de mi vida. Seguramente ese sea su legado, ya que sus palabras fueron cobrando sentido con el correr del tiempo y, ahora que tengo treinta y nueve años, veo que aún siguen vigentes.

Mi abuela me alentó a casarme. Recuerdo nuestras conversaciones sobre el tema. Yo era un adolescente todavía. «Hijo, el casarse nunca es tarde ni temprano, la cuestión es acertar». Casarse implica seleccionar a la persona correcta. Lo que ocurre es que muchas veces uno no está en condiciones de elegir mucho. Porque si se pone muy pretensioso, se queda más solo que el abuelo de Heidi.

Definitivamente, el matrimonio es un desafío para cualquiera. Desde mi punto de vista, el matrimonio consiste en tolerar. Tolerar y que lo toleren a uno también. Paciencia. Mucha paciencia, porque la convivencia es lo más difícil del mundo.

Algunos creen que la base del matrimonio es el amor. Yo considero que aquellos que creen eso son, precisamente, los que nunca se han casado. Los que estamos casados sabemos que la base del matrimonio es la paciencia.

A mi esposa, Fernanda, le gusta ir a misa todos los domingos. Y aquel domingo me despertó a las siete y media de la mañana.

Nosotros vivimos en Barquisimeto, capital del estado de Lara, una ciudad ubicada en la región centro occidental de Venezuela, a unos 400 km de Caracas.

Barquisimeto, con casi un millón de habitantes, es la cuarta ciudad del país y es conocida por su música, su Divina Pastora (la virgen protectora de la ciudad) y sus atardeceres. La llaman «la ciudad crepuscular» porque, en la puesta del sol, el cielo se pone de un rojo imponente. Hay algo mágico en el atardecer larense. Algo que no puede explicarse con palabras y que, más bien, puede dejarte sin ellas. El famoso cielo rojo barquisimetano.

—Apúrate, Gabriel, que no quiero llegar tarde. Y menos hoy, que es Domingo de Ramos —me decía mientras me quitaba las cobijas.

—Estas no son horas de levantarse. La gente decente no se levanta un domingo a las siete de la mañana. Es más bien la hora de irse a dormir. Amanecido —repliqué.

Fue inútil. Aquella mujer insistía en quitarme la almohada y en arrojarme mis jeans y mi camisa.

—Vístete, que no quiero llegar tarde.

—¿Por qué no vas tú sola y yo te busco a la salida? —propuse.

—¿Estás loco? —saltó— De ninguna manera voy a ir a misa hoy, Domingo de Ramos. Si fuera un domingo cualquiera, podría ser. De hecho, ya estoy acostumbrada a ir sola.

—OK, OK. No quiero oír ese discurso otra vez —interrumpí—. Vamos, pues.

Discutir con una mujer es entrar en un juego donde no se puede ganar, no se puede empatar y ni siquiera se puede abandonar la partida. La única solución es desistir antes de comenzar, y eso hice.

—¿Será que tengo tiempo para ducharme? —pregunté.

—Pensé que no te bañabas los domingos —dijo con tono burlón.

—Entonces voy a ir así. Total hoy es Domingo de Ramos, y el olor a incienso neutraliza cualquier cosa —respondí.

Me vestí lentamente. Tenía la impresión de que, si demoraba mucho en vestirme, no llegaríamos a tiempo; lógicamente, eso no sucedió.

En el ascensor, nos encontramos con el doctor Ruiz, que venía de sus ejercicios matinales. Se lo veía muy lleno de vida. Yo, en cambio, estaba tan dormido que me parecía más a un zombi haitiano que a un devoto creyente dispuesto a concurrir a misa. Me había cepillado los dientes de memoria y me había vestido en piloto automático.

Cuando finalmente me miré en el espejo, me sobresalté. Tenía el pelo alborotado. Recordé que antes podía salir de mi casa como Dios manda. Ahora ya no era posible, debido a que, en nuestro departamento, no había espejos. Fernanda decidió un día que había que sacar todos los espejos porque eran contrarios al Feng Shui. Todo eso lo aprendió de un programa de televisión sobre casas orientales. Yo respeto y admiro todas las culturas ancestrales, pero, desde ese día, comprendí lo difícil que resulta peinarse en el ascensor o usando un pequeño espejo de bolsillo.

Si bien mi aspecto era el de un presidiario, Fernanda lucía, como siempre, espléndida. A pesar de que no tenemos mucha diferencia de edad, ella se ve más joven que yo. Y, aunque de baja estatura, es una mujer tremendamente atractiva; quizás, porque tiene un rostro muy bonito o, tal vez, debido a sus ojos oscuros y a su cabello largo y enulado.

Con el doctor Ruiz, cruzamos unas pocas palabras. Siempre son pocas palabras, porque no es, precisamente, muy conversador.

—Buenos días —dijo con cortesía.

—Buenos días, doctor —respondió Fernanda mientras yo continuaba asombrado, viendo lo peor de mí en aquel desdichado espejo.

Al verme en ese estado, comprendí el Feng Shui cabalmente: para lo que hay que ver, es mejor no tener espejos.

Llegamos hasta la planta baja. A pesar de ser abril, había amanecido a pleno sol. Así que no pude usar la excusa de la lluvia para quedarme en casa.

El Sol comenzaba a calentar el día, y, seguramente, nos esperaba otra jornada de calor extenuante.

En Venezuela no estamos acostumbrados a caminar. Cualquier causa justifica sacar el carro. Incluso ir simplemente hasta la esquina conlleva sacar el automóvil del estacionamiento. Muchas razones justifican esta costumbre; entre ellas, la inseguridad, la temperatura media del ambiente y el bajo costo de la gasolina.

Aunque a Fernanda no le gusta caminar, ese día yo insistí en que fuésemos a pie, con la intención de no llegar a tiempo para la ceremonia. Lamentablemente, mi intento fracasó.

Cruzamos la avenida Los Leones. La ciudad estaba desierta. Sólo había un par de autobuses y algunos pocos vehículos circulando. Más adelante, nos encontramos con un indigente que estaba profundamente dormido sobre la acera que da a la urbanización Los Libertadores. Era un hombre como de setenta años, vestía ropa muy vieja, y tenía su barba larga y desaliñada, y el pelo totalmente revuelto. Cualquier persona sensata hubiese sentido dolor ante aquel anciano abandonado, que seguramente no tenía otro hogar que la calle ni otra ropa que la puesta. Sin embargo, yo sentí envidia. La envidia es un sentimiento muy negativo, debo reconocerlo. Aquel ser, que estaba sucio,

desaliñado y harapiento, había bebido hasta la inconsciencia y dormía feliz. En cambio, yo estaba despierto, sucio, desaliñado y rumbo a la misa.